

Literatura

La Maga, modelo para armar

Carlos Ramírez



*Colección completa de
Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político
en <http://noticiastransicion.mx>
Escanea el código QR para acceder
al sitio de Noticias Transición*



2

Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político

© Grupo de Editores del Estado de México

© Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C.

© Indicador Político.

Una edición del Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C., presidente y director general: Mtro. Carlos Ramírez, derechos reservados. Web:
<http://noticiastransicion.mx>

La Maga, modelo para armar

Carlos Ramírez



South Kensington Station

¿Encontraría a Julio?

Tantas veces había pensado en ir caminando por Battersea Bridge rumbo a Beaufort St., por el Támesis de la fría tarde de Londres imaginando precisamente que el Támesis es la imagen en el espejo del Sena, caminar no sin cierta tristeza para llegar hasta Fulham Road, dar vuelta a la derecha extrañando el sol, el frío o el calor de París pero sabiendo que de alguna manera las calles y los ríos eran lo de menos, porque lo demás era pasear una o dos tardes a la semana a la espera de llegar a Sydney Place, voltear la calle y arribar finalmente a la estación del metro londinense de South Kensington y mirar a todos los lados de la calle para tratar de encontrar la figura alta, espigada, algo encorvada de Julio, pero Julio no llegaba luego de muchos años de haberlo visto por última vez, bueno, última vez de entonces porque se habían quedado de ver, como personajes ya ancianos de la película americana donde Cary Grant y Deborah Kerr vivieron una aventura amorosa para recordar y decidieron cada uno por su cuenta deshacer sus respectivos compromisos matrimoniales que por aquellos años eran más fuertes que después, y los dos verse en el mirador del Empire State, pero que por razones desconocidas para cada uno de los dos no había sido posible, aunque los dos se hundieron en la decepción del desencanto, y así se lo había dicho la Maga real, Edith, pues, a Julio, luego de haber vivido en París una aventura para recordar y la verdad fue que ella nunca entendió por qué Londres y por qué específicamente esa estación del metro, aunque con él siempre eran las sorpresas, las formas en que se perdía en los túneles del metro parisino para entrar por una puerta

y salir por otra en otro tiempo a sabiendas de que no había pasadizos secretos, bueno a sabiendas de ella porque Julio en realidad se perdía en los cristales de las puertas del metro y uno lo veía cruzar la puerta del vagón y entrar, entre la gente aglomerada, en los túneles, y por esa razón ella vio como de lo más normal que Julio le dijera que se iban a ver en el metro de Londres, no es una fecha específica por aquello de lo convocar a los fantasmas cinematográficos sino para tener mejor espacio de maniobra, en días localizados entre dos fechas, al fin que los dos tenían posibilidad de moverse con tranquilidad en el calendario porque carecían de un empleo burocrático.

La *Maga* recordaba los caminos con Julio en París, viniendo de Montparnasse rumbo al Sena, las calles con cafés al lado, ella supo después que Julio la miró al salir ella del café de *El perro que fuma* pero esa primera vez no se percató de la mirada de él, a pesar de que sus horas de café eran las de menor afluencia en las calles y la figura de él no era como para perderse en el anonimato de los atardeceres parisinos con todo y las calles y las figuras recortándose en un horizonte pardo que les llamaba la atención, por eso fue que a ella le llamó la atención el hecho de que Julio la tratara con tanta familiaridad en el primer encuentro aquella tarde en que salió del café del *Perro que fuma* y casi chocó con él, y él hizo el comentario de que tomara las cosas con calma que no había en ese momento ninguna razón para querer atravesar su figura como si fuera un reflejo en un cristal del metro, y Edith obvió las cosas con una sonrisa, y comenzaron a conversar de nada, aunque Julio hacía esas pláticas tan extrañas que ella no entendía pero que después ya no se preocupó por hacer el esfuerzo de entenderlos porque de nada serviría, y Julio en realidad tampoco quería una conversación extraña sino más bien decía frases que sólo él entendía.

4

Fueron muchas tardes de encuentros, y ella los recuerda inclusive mientras camina una tarde lluviosa en Londres rumbo a la estación South Kensington del metro en busca de la figura de un Julio muchos años después y ella esperaba que siguiera siendo la misma figura espigada, nerviosa, sí, porque no sabría cómo se darían las cosas si se encontraban frente a frente de nueva cuenta, después de París, y luego de que en París había tenido que tomar decisiones muy serias porque una cosa era el Julio nervioso, siempre hablando, y otra cosas pensar en una relación más seria, ya viviendo juntos, no, porque ella en realidad siempre rehuía la formalización y él tenía muchas angustia viviendo sólo, por eso ella se negó y Julio salió de su vida en busca del asentamiento que ella no había aceptado, aunque viéndose de vez en cuando ya sin ninguna intención de formalizar la relación, a veces escapándose a un hotel modesto para encuentros que a ninguno de los dos dejaba satisfechos pero que representaban una forma de extender el contacto, Edith sin saber que sería la *Maga* y Julio sin pensar siquiera en la *Maga*, porque al final de cuentas el nombre de la *Maga*, que en realidad no es ningún nombre, se le ocurrió ya sobre la máquina de escribir, encaminada la novela sin nombre o con un nombre como enigma.

Otra tarde que se acercó a la estación South Kensington del metro londinense, Edith se acordó, en la búsqueda de recuerdos que lo acercaran al pasado con él, la vez en que se encontraron en los jardines de Luxemburgo y él le leyó un cuento que ocurría en Argentina y que trataba sobre un juego de apariencias entre tres

adolescentes que hacían estatuas a la orilla del paso del tren y repentinamente un muchacho les lanzó un mensaje y se comunicaron así, con mensajes saliendo de la ventanilla de un tren a toda marcha, y de nueva cuenta el tren, en esa historia era el tren y no el metro pero para el caso es lo mismo porque tren y metro son primos, eso dijo Edith porque le llamó la atención el tren en Argentina como parte del escenario y le recordó su fascinación con los vagones del metro, y ella ahora no se explica cómo un detalle tan sin importancia le regresó cuando acude de nueva cuenta a la estación londinense a ver si ahora sí llega Julio y hablan de algo, ella sin la certeza de que quisiera regresar a la relación después de tantos años, pensando que seguramente Julio con tantos años y realidades ya sumadas fuera el mismo jugueteón de las apariencias de muchos años atrás, y la propia Edith desencantada de la *Maga* luego de la lectura de la novela, y ése era uno de los temas que quería hablar pero sin ninguna esperanza de obtener respuestas porque Julio era así, hermético sobre lo que tenía que ver con sus textos literarios, sus cuentos, sus novelas, sus poemas, la propia Edith ya había tenido antes algunos roces por algunos comentarios, lo que la llevó a tomar la decisión de que Julio era el escritor, así se asumía él, y ella era su amiga-compañera que hacía traducciones al alemán, pero nada más, sí, nada más, a pesar de que ella en realidad tenía poco interés en ser la musa del autor o siquiera una referencia al pie de página, y bueno, ahí estaba el episodio del cuento del tren que trataba de un juego y Edith siempre adivinó que con Julio todo era cuestión de espejos, de imágenes reflejadas en cristales de las puertas del metro.

5



Julio Cortázar y Carol Dunlop



Edith Aron

6

Y justamente en ese escenario fue que ella finalmente pudo afocar a Julio en un vagón del metro londinense, justamente cuando el tren arrancaba de la estación South Kensington, y esa primera visión de encuentro ella se la guardó para sí, lo vio caminar con una mujer rubia más baja que él, blanca, agradable a la distancia, los dos tomados de la mano y pegados por el hombro, bueno, el hombro de ella porque la altura de Julio impedía el acoplamiento, Edith estaba sentada en el vagón anterior pero por la poca gente en ese momento pudo seguirlo, seguirlos, con la mirada un buen rato, él como distraído, ella hablándole al oído, él miró a su alrededor un par de veces, Edith supuso, sin ninguna prueba contundente, o cuando menos con cierto grado de certeza, que su mirada no quería identificar el entorno sino como buscando a alguien, y luego regresó a la charla con su acompañante rubia que luego ella supo que era Carol Dunlop, la última esposa de Julio, la que murió antes que él y cuyo deceso lo puso muy triste, le dijeron a Edith que muy triste, y que en algún lado leyó que había muerto de tristeza y no de lo que dicen que murió, de sangre contaminada en una transfusión, y el caso es que Julio sepultó a Carol en el cementerio de Montparnasse al que los dos, Julio y Edith, iban con frecuencia a caminar, o a donde el caminar por la Avenida Montparnasse los llevaba casi de modo natural, y sin perder el respeto por los ahí sepultados; los dos, Julio y Edith, se ponían a jugar a encontrar tumbas con referencias colaterales, casi como un mapa del tesoro, y luego el propio Julio, años después, sería sepultado en la misma tumba de Carol en Montparnasse, los dos nombres en la lápida a la que todos los días llegan visitantes a dejar recuerdos, simbólicamente boletos del metro, sin entender quién era en realidad Carol ni por qué estaba ahí, y Edith sí lo sabía, entendía con claridad que Julio no podía estar solo, sin mujer, sin compañera, y Edith no tuvo el tiempo suficiente para aclarar si era por temor, miedo a la soledad o porque necesitaba, como en el metro, un cristal femenino a través del cual mirar al otro lado de sí mismo.

Luego de esa primera vez, Edith recordó cómo se fueron diluyendo las cosas: Julio quería vivir con ella pero ella dijo que no, que no quería compromisos, que vivir con él iba a ser todo un desafío, que una cosa era salir a divertirse juntos en las calles de París y otra ya entrarle a la vida cotidiana en pareja, con sus vicios y virtudes, con un Julio ansioso, dominado por la angustia del día a día, queriendo hacer muchas cosas que no siempre le salían, que ir a tomar café o pasear en bicicleta o a caminar, inclusive viajar dentro de Francia para conocer el país, siempre recogiendo anécdotas, por ejemplo, ahora lo recuerda Edith, aquella luego recogida en la novela larga a la que ella se refiere así, la novela larga, no le gustó el nombre que le puso al final, y su enojo tiene referencias que nada tenían que ver con la novela sino con el hecho de haberlas retratado y luego haberle enviado un ejemplar impreso con una dedicatoria fría, del montón, a ella que lo entendió tanto, a ella que tanto se rio con él, pero ese es otro detalle, ella recuerda, pues, la anécdota del paraguas que recogieron en la Place de La Concorde y que en la novela Julio dice que la *Maga* lo usaba en el metro para abrirse paso y que luego le dieron sepultura en un barranco de Parc Montsouris, más debajo de Montparnasse, pero lo que Julio pareció olvidar fue que ese paraguas fue parte de un juego, luego de que los dos hicieron un viaje en tren a lo largo de más de trescientos cincuenta kilómetros al puerto de Cherburgo-Octeville, en la Baja Normandía, donde se había filmado en 1964 la película *Los paraguas de Cherburgo* que tanto la habían disfrutado los dos, los dos como amantes del cine y más si eran películas como de ópera popular, sin tenores sino con cantantes, y les llamó la atención por su anécdota simple y trágica enmarcada en esa guerra que tanto lastimaba a Julio, la de Argelia en la segunda mitad de los cincuenta porque la anécdota transcurre entre 1957 y 1963, justamente, y ahora lo sabe Edith, cuando él estaba a todo vapor terminando su novela larga, y ellos habían ido a finales de los cincuenta cuando Julio tenía en su cabeza la novela pero aún sin escribir, un pobre enamorado que se tiene que ir a la guerra de Argelia y deja a su novia que vende paraguas en el puerto pero la novia se casa con un rico y se va a vivir a París con un hijo de él sembrado en su vientre, y el soldado regresa, triste, y no encuentra a su novia pero se casa con la amiga fiel que había cuidado a su tía, y todos viven felices, el soldado logra comprar una gasolinera y ahí le toca, muchos años después, atender a su exnovia que pasa por gasolina y él se da cuenta que la niña que la acompaña a su exnovia es hija de él pero nada queda por hacer, y los dos hablaron mucho de la película gozando la música y las canciones y compartiendo la tristeza medio shakesperiana, pero quedó la fijación en el paraguas y por eso Julio revivió el detalle años después cuando se encontraron tirado el paraguas en la Place de La Concorde y Edith se lo llevó y los dos le dieron, dijeron riendo, cristiana sepultura en una barranca parisina, y recuerda ahora Edith que Julio le dijo algo de la entonces protagonista de la película, una actriz que sería por demás famosa, Catherine Deneuve, que deslumbró a Julio y que ella quiso destruir las ilusiones diciendo que ella no cantaba en el filme musical sino que era doblada pero él le dijo que su belleza le daba para mucho más, y los dos tarareaban al unísono el tema central de la película.

Pero a pesar de esas anécdotas, Edith sufrió mucho cuando leyó, ya publicada la novela larga, algunas de las cartas de Julio donde ironizaba de las traducciones de ella y decía que su novela larga requería de un traductor profesional, y ahí están las palabras en las cartas publicadas en libro, nadie le dijo a ella que él lo había dicho, estaba escrito, y ahí vio a un Julio desconocido, mezquino, no supo entonces si por su condición de escritor ya reconocido o por alguna espina que ella le dejó clavada, a lo mejor por negarse a ir a vivir con él en el departamento parisino, Julio de inmediato buscando a otra compañera, en fin, dice ahora Edith suspirando, el tiempo ya pasó, no sabe en realidad si hubo algún desencanto en Julio o ella sobredimensionó el comentario, al final que era su novela larga y él tenía el derecho de tenerla perfecta en cuanto a la traducción al alemán, pero ahí quedó la espinita clavada, no dañando sino incomodando, y le molesta cuando camina rumbo a la estación South Kensington del metro de Londres, y el recuerdo le vino de golpe, casi como si hubiera ocurrido el día anterior, cuando acaba de ver a Julio en el metro acompañado de la rubia bonita y delgada, y quizá por esa razón Edith pospuso el encuentro apostando inclusive al azar porque quién sabe qué hubiera ocurrido si Julio y su compañera nunca regresan por esa ruta del metro parisino o de plano se hubieran ido a vivir a otro país y Julio y Edith no se hubieran cruzado, como finalmente ocurrió, otro día en la misma estación del metro londinense.

8

Pasaron un par de días y Edith no se acercó a la estación South Kensington del metro casi como un volado diciendo que si el destino quería los dos se iban a encontrar de todos modos, y esos días los utilizó tratando de reconstruir la relación, no sin dolor ni pesar, porque no es que hubiera estado enamorado de Julio, porque de haber sido así hubiera aceptado ir a vivir juntos, sino por el sentimiento que le quedó guardado del comentario sobre su capacidad de traducción, aunque ella siempre lo justificaba diciendo que era muy buen escritor, que era famoso y que, sorpresa, estaba más enamorado de su novela que de ella, más de los personajes idealizados en la novela que de ella, más de los tiempos reconstruidos literariamente que de ella, y que a lo mejor, bueno, con certeza, ella no había estado a la altura del personaje, sí supo que era la base, por así decirlo, de la *Maga*, pero en realidad la *Maga* era otra persona o la suma de sentimientos o de esa mujer que Julio veía, al lado de Edith, en la puerta de los vagones del metro al llegar a la estación y que la *Maga* era la del reflejo aunque era la misma, santos enredos que ella no podía entender en Julio aunque hizo el esfuerzo, pero, bueno, que Julio se había enamorado más de la *Maga* que de Edith y que en la separación Julio siguió frecuentando a la *Maga* detrás del reflejo en los cristales de las puertas del metro, y ella lo entendió cuando finalmente decidió acercarse a Julio, siempre acompañado de la rubia francesa, en el vagón del metro de la estación South Kensington, y Julio hizo una cara agradable de sorpresa, platicaron un rato y él le dijo que pasaría por la estación al día siguiente a la misma hora, que estaría solo, y que ojalá ella pudiera acompañarlo a tomar un café para platicar de los viejos tiempos, viejísimos, le dijo Edith para romper la tensión, ya tranquila porque hablar con él no le provocó ninguna pasión adicional, sí, habían sido buenos tiempos, inclusive los dos sin certezas en cuanto a los puntos de fricción del pasado, porque ya era tarde para mantener rencores acumulados, y en efecto hablaron, los dos se quedaron sentados dentro del vagón



Julio Cortázar y Carol Dunlop

un par de estaciones más, luego salieron y tomaron el tren de regreso las mismas dos estaciones, para salir a buscar el café, y Julio, así como era él, le preguntó si no creía que era una casualidad que se hubiesen encontrado en ese tren unos días antes, y ella ya no quiso sacarlo de su error porque no había habido una casualidad, a Julio se le había olvidado la cita basada en la película de Grant y Kerr pero de nada serviría decírselo, aunque eso sí Edith le comentó que no era una casualidad, que ella siempre tomaba ese tren más o menos a la mis ahora y Julio no se percató del error porque en realidad Edith se subía a ese tren por su deseo de encontrarse con Julio, porque su zona estaba más al sur de esa estación, pero de nada serviría aclarar lo que no quería ser aclarado, y bajaron del tren, salieron a la calle y se sentaron en un café cercano para hablar de un pasado sin relaciones con el presente, como si las cosas le hubieran ocurrido a otros personajes y no a ellos, y ella lo acreditó al hecho de que en realidad nunca se había enamorado de Julio sino que le caía bien pero la prueba de su no-enamoramiento había sido su rechazo a vivir juntos, y Julio le dijo como de paso que la había extrañado mucho y que la mejor prueba había sido su incorporación como personaje central en su novela larga, aunque ella se quedó con la duda sobre el comentario porque ella creía más bien que Julio había logrado crear su mundo aparte para él mismo en su mundo detrás de los cristales de las puertas del metro en movimiento.

Como era de esperarse, los dos quedaron de verse pronto, Julio le dijo que viajaba con frecuencia a Londres y tenía la misma ruta, ella le aseguró que también era su camino porque vivía cerca y él no le preguntó la dirección, no se intercambiaron destinos para cartas o recados porque los dos quedaron con la seguridad de que se iban a encontrar aunque se rehuyeran porque así era el destino para los dos, y Edith rehízo su ritmo de vida pasando cuando menos una vez a la semana y luego dos

veces y finalmente de vez en cuando por la estación con la seguridad de que no iba a encontrarse con Julio porque sus destinos ya estaban resueltos, y pasaron algunos años desde ese 1978 del metro de South Kensington, hasta que en un diario inglés, cuando tomaba un café como cada vez que hacía ese camino en el mismo café que se sentó con Julio, le informó que su amigo había muerto, y ella sintió que pronto lo alcanzaría porque tuvieron una diferencia de apenas nueve años entre los dos, pero el destino quiso que ella durara bastante más tiempo, dicen que la vieron y hablaron por última vez con ella casi a finales de 2005, muchísimos años de aquel 1978 de su último café, y la vieron tranquila, ya reconciliada consigo misma, sin saber, eso sí, si finalmente había aceptado el peso histórico del mítico personaje literario de la *Maga*, si había sido al final de cuentas un capítulo prescindible en la vida de su amigo, el escritor argentino que le había simpatizado por el defecto de nacimiento que le hacía pronunciar la letra *erre* como si fuera francés, que además lo era, pero que lo hacía más chistoso por su caló argentino en París, cómo no recordarlo así ahora que ella, al final del día, parecía haberse quedado en la casilla tres de la rayuela de su vida, pero más bien rebotando de capítulo en capítulo en busca de su casilla natural.

10



ARCHIVO
CARLOS RAMÍREZ /  **Indicador POLÍTICO**
 Proyecto México Contemporáneo 1970 - 2020

1. Salinas de Gortari, candidato de la crisis.
2. El proyecto salinista.
3. El nuevo sistema político mexicano.
4. La vida en México en el periodo presidencial del *Sup Marcos*.
5. Las muchas crisis del sistema político mexicano.
6. El nuevo sistema político mexicano.
7. La polémica Sartre-Camus.
8. Carlos Fuentes: el pensamiento Manchuria.
9. Narcotráfico y violencia: vidas paralelas.
10. Las estaciones políticas de Octavio Paz.
11. El crimen del padre Leñero.
12. Manuel Buendía 1948-1984.
Periodismo como compromiso social.
13. La posdemocracia en México.
14. México: hacia un nuevo consenso posrevolucionario.
Lázaro Cárdenas, la izquierda y la última muerte
de la Revolución Mexicana.
15. Los intelectuales en el reino de *PRRracusa*.
La parresia de Gabriel Zaid.
16. Los intelectuales inventaron a Fidel Castro.
17. Benedetti, el último comisario del Camelot tropical.
18. Emilio Rabasa: prensa y poder en el siglo XIX.
19. Carlos María de Bustamante (1874-1848).
Los intelectuales y la política en el México independiente.
20. García Márquez no le torció el cuello al cisne.
31. De cómo Cuba y Fidel Castro castraron literariamente a Cortázar
32. Cortázar en París
33. Una entrevista inédita con Cortázar
34. El cuento de Cortázar
35. La *Maga*, modelo para armar
36. Imágenes del centenario de Julio Cortázar

*Escanea el código QR para visitar el
sitio de Noticias Transición:*

